

I

IGLESIA DE SANTIAGO. PUEBLA DEL DEÁN

1464

—*Peccatum mortale!* —exclamó el sacerdote entre las tinieblas.

Solo unos cirios desgarraban la oscuridad en el interior de la iglesia, permitiendo apenas entrever la extraña escena que tenía lugar ante el altar mayor. Un joven que andaría en los veinte años y una muchacha de unos quince, arrodillados, bajaban la cabeza ante un religioso de hablar severo y ademanes enérgicos.

Nada turbaba el silencio del templo en la noche oscura excepto la voz del páter.

—*Ex libidine peccat!* —La indignación del hombre era evidente—. ¡El pecado mortal de la lujuria! ¡Solo les está permitido yacer, y únicamente en la búsqueda de descendencia, a aquellas parejas que han sido casadas ante Dios!

La chiquilla miró al suelo sin poder contener las lágrimas. Aún no había pasado ni un día entero desde que reía feliz, escondida, bajo una barca volcada en el Arenal.

—Por suerte, algunos feligreses honrados de esta villa conocieron vuestra terrible falta. Agradecedles que hayan venido a darme cuenta de ella, como buenos cristianos, procurando así la salvación de vuestra alma. —La indignación del cura iba en aumento.

Los muchachos no se atrevían ni a mirarse.

Desde esa mañana todo había sido ruido y confusión. Hombres de armas habían irrumpido en la playa donde ella remendaba redes y la habían detenido por orden del deán. Aturdida al principio y sin entender el porqué de todo aquello, comprendió todo de pronto en cuanto fue llevada al castillo.

Mingos también estaba allí, preso. Su amor clandestino había sido denunciado ante el señor de la Villa.

—Sé que entendéis, hijos míos, que la gracia divina que me ha sido concedida me permitiría adoptar medidas drásticas ante una situación de esta gravedad. —Los jóvenes se estremecieron. Claro que podría incluso torturarlos, con la excusa de expiar la vergonzosa falta que habían cometido—. Sin embargo, la infinita compasión que me

caracteriza me lleva a buscar una solución menos dolorosa... para todos.

Esa misma tarde, mientras los amantes esperaban temerosos en los calabozos del castillo, sus familias se presentaron ante las puertas de la fortaleza. Venían exigiendo su puesta en libertad. Dos estirpes marineras del Caramiñal que no encontraban reposo desde que sus chicos habían sido encerrados.

—¡No hay derecho! —gritaban, esgrimiendo el puño.

Una voz autoritaria se impuso a la algazara.

—Exigimos la liberación de nuestros hijos —proclamó con rotundidad la abuela de la chiquilla, matriarca de su clan— o iremos en busca de los soldados de la Hermandad.

El deán de la Puebla, preocupado por que estallase una reacción airada y temiendo que las cosas se pudieran descontrolar en su jurisdicción, se vio obligado a cambiar sobre la marcha el plan inicial. La oscura estrategia que había acordado con su cómplice, con el auténtico artífice de todo aquello, había dejado de ser válida.

Salió al paso de las familias. Lo primero era ahogar el conato de revuelta.

—Menos revuelo, señores —improvisó, aparentando calma—. Estos dos jóvenes fueron denunciados por atentar contra la moral y el decoro. Tendrán que velar su pecado esta noche, eso es todo. Mañana celebrará el casamiento al que están obligados, según indica la ley de Dios.

Los familiares abandonaron la fortaleza. La puesta en libertad de los muchachos, según lo acordado, tendría lugar al día siguiente. Habría que conformarse.

Una vez aplacadas las víctimas, sin embargo, el deán aún tuvo que lidiar con la indignación del verdugo.

—No es esto lo que pactamos, Diego —protestó al anochecer el caballero de Junqueras, tras haber escuchado las explicaciones del sacerdote—. Nunca me dijiste que fuese a haber ninguna boda.

—Piénsalo bien, Esteban —le respondió el deán, recostado en su cátedra con cara de hastío. Estaba visiblemente molesto por culpa de un jaleo que consideraba innecesario. Un auténtico lío en el que lo habían involucrado los caprichos del señor del Caramiñal—. Te conviene mucho más esta nueva situación si eres capaz de manejarla. No olvides que fuiste tú mismo quien me insistió que actuara con contundencia ante la conducta pecaminosa de la muchacha.

Tras una desagradable discusión, el sacerdote se dirigió a la iglesia en plena noche. Allí esperaba ya la pareja, custodiada por los hombres de armas de la Torre de Junqueras.

La oscuridad ya era casi total.

Esteban de Junqueras esperó con impaciencia en el castillo de la Puebla, mascullando contra aquel giro inesperado. La noche acabó de cerrarse sobre la villa marinera. En ese momento, siguiendo lo acordado con su anfitrión, se dirigió discretamente a la puerta lateral del templo.

No lo separaban más que unos pasos de la fortaleza. Desde su escondite, Esteban pudo escuchar cómo Diego despedía al muchacho. Se relamió. Ya faltaba poco. Míngos no tuvo más remedio de abandonar la iglesia por la salida principal. Dos soldados se encargaron de conducirlo.

—Vuelve al calabozo, Domingos. Al amanecer regresarás para casarte con esta mujer mancillada. Tú puedes irte a dormir, pues tu falta no es tan grave como la de ella. Una muchachita tan joven, y ya deshonrada...

El joven salió, aturdido. Tendría que pasar la noche en el calabozo. La perspectiva del casamiento forzoso que tendría lugar al amanecer era un mal menor, pensó. Dubitativo, echó un último vistazo al altar mayor. Allí continuaba arrodillada ella. Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo. Aquello le daba muy mala espina.

Los centinelas, impacientes, le recordaron a base de empujones que no tenía opción.

El joven marinero abandonó la iglesia de Santiago por la fuerza. Iba invadido por un presentimiento negro. Tan frío y tan amargo como la propia madrugada.

El deán Diego de Muros, tras quedarse a solas con la chiquilla en el interior del templo, cerró por dentro el portón. Después salió por acceso lateral tras el que aguardaba, sumido en un silencio anhelante, Esteban de Junqueras.

—Tal y como acordamos. Ahora es toda tuya —le indicó entre dientes.

Sin mirar atrás, dejó el lugar. Aquello ya no era asunto suyo.

Esteban entró con sigilo, mirando desde atrás la figura de la chica reclinada ante el altar.

Sus ojos eran brasas encendidas entre las tinieblas de la iglesia silenciosa.

II

Una reata de mulas trepaba penosamente.

El camino empedrado se internaba, desde la costa, en los montes escarpados. Subía hacia la sierra que bordeaba la villa noble llamada Puebla del Deán. Al frente de la comitiva caminaban dos arrieros que sudaban y jadeaban. Llevaban tiempo ansiosos por llegar de una vez. Marchaban doblados por el esfuerzo. El sendero era tan pendiente que parecía por momentos que fuese a conducirlos hasta las mismas nubes.

Pero ese no era el motivo que les hacía anhelar el fin de aquella travesía. La auténtica causa era el peligro que intuían en aquel encargo clandestino. Menos mal, pensaba el padre, que tantos días después ya estaban llegando.

Tenían el destino a tiro de piedra.

Su meta no era otra que el pequeño convento de San Juan de la Misarela. Según les habían contado, un lugar aislado en el corazón de aquellos montes del Barbanza. Había que estar loco para ir a meterse allí de por vida, comentaron por lo bajo. Y eso era lo que parecía estar a punto de hacer el cliente que los había contratado para aquel traslado.

El cliente.

Llevaban semanas juntos y aún no sabían nada de él. Solo que era un fraile huraño de barba enorme, negra como el azabache.

Miraron atrás con disimulo. Tal y como llevaba haciendo durante todo el viaje, desde que habían huido de Toledo, venía caminando taciturno tras la recua de animales.

Las mulas resoplaban a causa de aquellos cofres que pesaban como el mismísimo diablo. Los arrieros, en la cabecera de la comitiva, seguían hablando por lo bajo.

—¿Vamos a descansar aquí o emprenderemos ya hoy el regreso, padre? —El más joven miraba alrededor con aire temeroso.

—No permaneceré en este lugar ni un minuto más que lo estrictamente necesario. —El maragato de piel curtida negó con la cabeza—. Siento como si estos montes me asfixiasen. Son tan abruptos estos desfiladeros que parece que no corriera el aire entre ellos.

—Y el fraile... ¿acaso va a quedarse aquí? ¿Creéis definitivamente que es esa la causa por la que nos encargó este traslado desde tan lejos?

Ya quedaban pocas dudas.

—Eso parece, hijo. —El hombre sacudió la cabeza—. Hay cosas que nunca entenderé, pero nosotros, a lo nuestro. Dejemos en paz los asuntos de esta gente.

Los arrieros no veían el momento de regresar a casa. Rabanal, en los altos pero suaves montes de León, les parecía ahora el paraíso. El monje les había ofrecido pagar el porte del viaje por adelantado, y a un coste muy superior al habitual. Por eso habían aceptado.

El padre había maldecido cien veces durante el trayecto aquella decisión. Una sensación de peligro permanente, un secretismo y una incomodidad que no tenían fin. Así fue aquel porte. Por eso estaban impacientes por entregar de una vez aquel peligroso cargamento.

«¿Peligroso, padre? Pues claro... ¿Por qué si no íbamos a arrastrarnos por caminos secundarios en plena noche?».

Solo pensaban en llegar, y poder así emprender el camino de regreso a su hogar.

—Se trata de un transporte sencillo, señores —había dicho el monje, con el ceño fruncido pero con convicción en la voz—. Veinte cofres que yo mismo acompañaré desde Toledo hasta un pequeño oratorio en la costa del antiguo reino de Galicia. Lo único que exijo es máxima discreción. Partiremos de madrugada, y caminaremos siempre de noche por caminos secundarios. Lo demás corre de mi cuenta.

Así había sido. Aceptaron, extrañados pero tranquilos. No sospechaban que aquel viaje misterioso a través de los senderos más sinuosos iba a someter sus nervios a semejante presión.

Enseguida comprendieron que aquel no era un porte normal. Que un peligro aterrador se cernía, por algún motivo que no alcanzaban a imaginar, sobre aquellos cofres cerrados con siete llaves. Pero ahora, por fin, estaban ya llegando. Acababan de dejar atrás la villa marinera de la Puebla, no podía faltar mucho.

En efecto, no tuvieron que esperar mucho para entrever su destino. En una revuelta de la senda vislumbraron entre las copas de los árboles, allá en lo alto, una edificación de piedra. Una construcción monástica encajada en un desfiladero por el que se despeñaba un riachuelo con estrépito. La corriente caía desde las alturas de cascada en cascada.

Un hombre que vestía hábito de franciscano esperaba de pie sobre una piedra en la que había tres cruces labradas. Un poco más arriba, un puente de un arco salvaba el río justo antes del monasterio. Al verlos llegar, el monje emprendió la carrera cuesta abajo. Pasando junto a las mulas y sus conductores como si no los hubiera visto, corrió a recibir al fraile que cerraba la caravana.

—Fray Luis, ¡por fin! —Se veía claramente que no era capaz de contener la emoción.

—Vicario, al fin nos conocemos en persona. —El fraile barbudo, en cambio, no alteró el gesto serio que traía—. Veo que no exagerabais al describir la Misarela.

Muchas cartas habían volado en los últimos tiempos. El vicario Alonso de Noia había tratado de convencer su ilustre invitado de que su eremitorio era el lugar que estaba buscando. Aislado, alejado de la civilización y próximo al cielo. Un remanso de calma y espiritualidad en el que un puñado de monjes vivían retirados del mundanal ruido, dedicados a la vida contemplativa.

«Justo lo que vuestro tesoro necesita, fray Luis», insistió una y otra vez.

El monje miró alrededor y asintió. En efecto, aquel podía ser el lugar apropiado. Un cenobio humilde que tiempo atrás, cuando el camino era más transitado, había sido también hospital. Un pequeño conjunto de edificaciones apiñadas en varios niveles que trepaban montaña arriba, y una capilla antigua en un lateral del angosto recinto.

En definitiva, un lugar discreto y que disponía de una estancia luminosa y bien ventilada, esta era la principal exigencia del fraile toledano, en la que poder guardar el tesoro. El cargamento rescatado en plena noche tras un pavoroso incendio que había asolado buena parte de la aljama de la ciudad de las tres culturas.

Así fue como el vicario lo acabó de convencer.

—Consideraré una bendición nuestro aislamiento, que hasta hoy me pareció un castigo, si fue ese el motivo que os ha hecho honrarnos con vuestra presencia y la de vuestro... equipaje —exclamó un contenido Alonso mientras observaba los cofres con expectación.

—El motivo principal fue vuestro compromiso de discreción, vicario —respondió fray Luis con severidad—. Me juego la vida en esto y no me importa, pero proteger lo que traigo conmigo es asunto de vital importancia.

«Ni la vida de un hombre, ni la de ciento».

Alonso lo miró de frente durante unos segundos interminables. Después colocó una mano sobre su hombro. No podía dejar de sonreír con la emoción.

—Pero no nos quedemos aquí parados, amigos míos. Pasad a nuestra humilde casa y descansad de tan largo trayecto. Tenemos pan fresco, que hemos horneado ayer mismo al anochecer, y queso de nuestras ovejas, que pastan libres por estos montes ásperos pero feraces.

Un poco más tarde doce mulas ya sin carga y dos hombres, padre e hijo, emprendían el regreso.

Los arrieros tomaron de nuevo el sendero empedrado que descendía en vertical hacia la costa, satisfechos por haber acabado al fin el incómodo encargo que con tanto sigilo les había encomendado dos semanas antes un fraile con aspecto atormentado.

Al amparo de una madrugada convulsa en la lejana ciudad de Toledo.

III

Faltaba una hora para que saliera el sol.

Los soldados de Junqueras sacaron a Mingos a rastras. El muchacho apenas había podido dormir. La mirada torva del deán al obligarlo a salir de la iglesia se había quedado clavada en su pensamiento. Torturándolo, como un presagio fatal, durante toda la noche.

Baia, la muchachita de quince años que lo había enamorado entre redes rotas y lanchas varadas, se había quedado arrodillada ante el altar. Sola e indefensa, a expensas de aquel rufián que se sabía intocable. El deán, cargo preeminente de la iglesia compostelana.

«Te mataré si le has hecho algo», decían sus ojos.

Los guardias, sin embargo, desprendían insolencia. «Tranquilo, muchacho, o será peor».

Y es que toda la noble villa de la Puebla era propiedad de aquel hombre. Diego de Muros, deán de Compostela. El poderoso eclesiástico de la catedral del *señor Santiago*, cuya categoría lo colocaba tan solo un escalón por debajo de la dignidad del arzobispo.

Allí, a la orilla del mar de Arousa, poseía su castillo. No solía pasar por la Villa más que lo estrictamente imprescindible, pues su cargo en la capital ocupaba casi todo su tiempo, pero los tributos de los vasallos de aquel lugar eran en realidad los que hacían de él un hombre rico y poderoso.

A cambio, como era habitual, él no les devolvía más que una aplicación arbitraria e interesada de la ley. Una supuesta protección que no era más que una mano de hierro. Una justicia parcial, siempre al amparo de su pequeño ejército.

Todo un tirano de minifundio. Un reyezuelo soberbio en sus dominios ribereños.

Por ese motivo Mingos Cons, el mozo de diecinueve años que se había pasado toda la vida faenando en la barca de su padre, no había logrado pegar ojo en toda aquella noche entre rejas.

Porque el deán no era de fiar.

Al entrar en la iglesia el joven se tranquilizó momentáneamente. Baia seguía arrodillada en el mismo lugar en el que la había dejado unas horas antes. Tal vez Muros no había mentido, finalmente, y se había limitado a tenerla rezando toda la noche. Quizás fuese cierto que solo quería que expiase la falta de la que los acusaban.

«Malditos sean aquellos que consideren que amar es pecado», se removió.

Sin embargo, al acercarse notó que algo iba mal. Baia estaba adormilada y tenía la mirada perdida. Parecía como que le hubiera pasado algo demasiado terrible. Que su entendimiento ni siquiera fuese capaz de asimilarlo. Tenía el pelo enredado y un labio roto, como si se hubiera llevado una bofetada o un puñetazo. Además, se podía percibir claramente que la joven llevaba horas sin dejar de llorar.

Mingos sintió cómo le hervía la sangre.

—¿Qué le habéis hecho, malnacidos? —vociferó, tratando de zafarse de los soldados que lo custodiaban desde atrás.

Los guardias, hallándose previamente en estado de alerta, lo sujetaron por los brazos para inmovilizarlo.

La fuerza del marinero era enorme. Debido a su súbita alteración tuvieron que intervenir dos soldados más. Se dio cuenta de que estaban prevenidos. Entre los cuatro lo redujeron contra el suelo y le colocaron unos grilletes que tenían preparados. Claro que sabían de antemano cuál iba a ser su reacción, se percató. Ya inmovilizado, y con las manos atadas a la espalda, lo transportaron en volandas hasta el altar y lo arrojaron al suelo, sin contemplaciones, al lado de Baia.

Tras unos movimientos frenéticos tratando en vano de liberarse y maldiciendo a aquellos cobardes, el joven se quedó quieto echando espuma por la boca.

Un fuego enfurecido relampagueaba en su mirada.

Los centinelas lo miraban con sorna. «Ruge cuanto quieras, marinero. Esas cadenas serán tu traje nupcial».

Ella lo contempló entre suspiros, como ausente.

—Tranquilo, Domingos. —Sonó queda la voz del deán. El hombre apareció desde la sacristía ajustándose la casulla—. Esa no es forma de comportarse para un novio en el día de su casamiento.

Mingos lo fulminó con la mirada, pero guardó silencio. Mejor así. Que todo acabase cuanto antes.

Muros era un enemigo temible. Familias enteras habían sido perseguidas por haberse enfrentado a él, hasta verse incluso obligados a abandonar la Villa. Incluso algún vasallo había sido encarcelado, y se rumoreaba que lo habían torturado y lo habían hecho desaparecer. Y todo por no haber mostrado la sumisión debida.

—Deberíais estar agradecidos por mi intercesión ante Dios Nuestro Señor. —Diego hizo un ademán de suficiencia—. Gracias a eso vais a conseguir de una vez lo que queríais. Convertiros marido y mujer.

El muchacho apenas podía respirar. La injusticia lo asfixiaba.

«Yo te maldigo, cínico. Ante este altar juro que vengaré esta infamia. Os cobraré cada golpe que le hayáis propinado a Baia, cobardes».

La ceremonia fue fugaz. El novio, atado de pies y manos, fue obligado a dar su consentimiento, y ella, aturdida, apenas fue capaz de asentir con un leve movimiento de cabeza ante la mirada amenazadora del sacerdote. Después, la pareja fue sacada a rastras de la iglesia sin contemplaciones.

Era la hora fría que precede al alba. Un amanecer aún incipiente despuntaba tímidamente sobre el horizonte ondulado.

Antes de retirarse de vuelta a su castillo, el deán pronunció una última sentencia desde el pórtico del templo.

—Yo os declaro marido y mujer hasta el fin de vuestros días.

Después dejó el atrio sin mirar atrás. Los dos jóvenes quedaron a merced de los hombres de Esteban de Junqueras.

El atrio de la iglesia de Santiago se asomaba a la orilla del mar. La marea estaba muy alta en ese momento, y al otro lado del muro de piedra unas olas suaves lamían la parte exterior del recinto. La suave marejada hacía cabecear perezosamente las lanchitas de los pescadores. Cuando los soldados subieron a Mingos al muro cubierto por la escarcha, aún inmovilizado por los grilletes y cargado de cadenas de hierro, Baia pareció volver en sí, alarmada.

Uno de los soldados le puso una llave en la mano. Ella miró aquel objeto sin comprender nada. Los otros, al unísono, como solo actúan los hombres que cumplen órdenes estrictas, propinaron un violento empujón al joven. Así lo hicieron caer en el agua del puerto, tan negra como el cielo que se cernía sobre sus cabezas.

Arrastrado por el peso de las cadenas y casi incapaz de moverse, Mingos se hundió con estrépito entre las barcas de colores.

Al momento se supo perdido.

Las aguas someras del puerto, si nada lo remediaba, iban a convertirse en su tumba.

IV

PALACIO EPISCOPAL. SANTIAGO DE COMPOSTELA

—Tened buen día, Esteban. —El arzobispo ni se molestó en mostrarse afable. Tenía mucho que hacer como para perder el tiempo con aquel bravucón—. ¿Cómo van las cosas por las tierras del Caramiñal?

—Salí antes del amanecer, monseñor —respondió de manera servil el señor de Junqueras—. Pero... me temo que mis dominios están un poco revueltos últimamente.

El religioso clavó en él una mirada suspicaz. Así que era eso. Más malas noticias.

Esteban se había visto obligado a huir a galope al amparo de la oscuridad. Los vasallos de su señorío se habían levantado en armas.

—Por desgracia así son los tiempos que corren, mi fiel amigo.

El hidalgo se quedó sin saber qué decir. Temía la reacción de aquel hombre, el metropolitano de la ciudad santa de Santiago.

Nada menos que Alonso II de Fonseca, uno de los nobles principales del antiguo reino de Galicia. Su familia era una de las más poderosas de Castilla. Tanto como para que su tío, Alonso I, fuera también arzobispo. De hecho, Fonseca el Viejo ostentaba la jefatura en la sede de la mayor ciudad de todo el reino, Sevilla.

Una estirpe de la más alta cuna. De ahí los reparos de Junqueras, que trataba de no pisar las gruesas alfombras del palacio con sus botas embarradas.

Empero, entre la inestabilidad política que reinaba en Castilla y los desmanes que provocaba su ambición desmedida, el señor de Compostela vivía también momentos complicados.

—No sois el único que se enfrenta a la ingratitud de su pueblo, Esteban. Ayer mismo se presentaron a la puerta de mi palacio, en mi propia ciudad, unos soldados de la Hermandad con intención de prenderme. —Fonseca esbozó una sonrisa gélida que hizo estremecer a su visitante.

—¡Mi señor! —Pese a tener sus propios problemas, Junqueras simuló estar escandalizado—. ¡Cómo se atreven!

Fonseca apretó los dientes.

—Esos piojosos se creen que pueden hacer lo que se les antoje por el mero hecho de contar con el respaldo del rey. —El religioso desprendía una cólera fría que prometía venganza.

Sin embargo, lograrlo no iba a resultarle fácil. Para su desgracia, la precaria situación del monarca le hacía apoyar al pueblo llano. Era su manera de mantener a raya a los grandes señores de la tierra. De otro modo, no hubieran tardado en ir a por él.

Y es que Enrique IV de Castilla sobrevivía a duras penas, asfixiado por un reinado demasiado inestable. Una gran facción de nobles se había aliado para derrocarlo en favor de su joven hermanastro Alfonso. Alegaban que el soberano era impotente y que, por lo tanto, no iba a poder perpetuar la corona del reino a través de su descendencia. Por eso Enrique se había visto obligado a favorecer a las Hermandades. Cuerpos militares financiados por la burguesía y los ayuntamientos. La única defensa de los vasallos ante los continuos ataques a los que se veían sometidos por los señores feudales.

En realidad, este apoyo al pueblo ocultaba una estrategia de auto-protección. Lo único que se pretendía era blindar la figura del monarca. Si los grandes señores tenían que ocuparse de sus propios territorios, no podrían alzarse en armas contra él.

Y Fonseca era uno de esos nobles poderosos.

—De hecho —apenas se atrevió a decir Esteban ante el iracundo silencio de su señor—, me hallo aquí para solicitaros una pequeña milicia. Necesito hacer frente a esta desagradable situación, provocada por... un malentendido. Un asunto sin mayor importancia que ha sentado mal entre la gente del Caramiñal.

El arzobispo salió de su ensimismamiento y miró al caballero con gesto interrogante.

—¿Os referís a ese asunto por el que Muros se trasladó a la Puebla hace unos días? —Su mirada era descaradamente suspicaz.

Esteban bajó la cabeza. Estaba avergonzado por el hecho de que un capricho carnal hubiese sido el origen de aquella rebelión, pero también por tener que pedir ayuda de aquella manera tan indecorosa. Ni siquiera contestó, lo que Fonseca interpretó acertadamente como una afirmación.

—Buena jaca ha de ser esa *pescantina* para que os metáis en un lío tan peliagudo.

El metropolitano hizo un repaso rápido. Tenía que decidir si le interesaba ayudar a aquel patán con ínfulas o dejar que le diesen una lección.

Diego de Muros, el deán de la Puebla, le había comunicado unos días atrás que se disponía a desplazarse hasta su castillo de Arousa. Tenía que solucionar una historia engorrosa que tenía fuera de sí a su vasallo más opulento.

—Ese Esteban se comporta como un animal, Alonso —recordó que le había confesado Diego antes de partir—. Está obsesionado

con esa chiquilla. Pero si no es más que una redera proveniente de una familia marinera del Caramiñal... Ahora resulta que se ha enterado de que ella anda en amoríos con un muchachote del lugar... Un mareante o algo así. Imagínate su reacción.

Fonseca había sido taxativo en su respuesta.

—Tenemos que tener contento al señor de Junqueras, Diego. Ya sé que no es más que un gañán, pero sus posesiones abarcan todo el Caramiñal. Y no sé cómo lo hace, pero su poderío en el campo de combate trasciende fronteras. Alguien así siempre es un aliado valioso. Recuerda que no nos sobran soldados. Ten por seguro que lo necesitaremos en caso de conflicto.

—Lo sé bien. —Muros, meneando la cabeza, recordó que el señorío de Junqueras rodeaba su villa casi completamente—. Pero entiéndeme, Alonso, este asunto presenta un cariz que no me gusta asumir. Bastantes líos tengo ya.

Fonseca no iba a dar su brazo a torcer.

—Pues vas a tener que buscar una solución satisfactoria para Esteban, Diego —concluyó finalmente el arzobispo—. Por mucho que te suponga tragarte un buen sapo. Mucho me temo que algún día vamos a necesitar su ayuda en combate.

Muros seguía dudando, pensativo. Cuando Fonseca habló de nuevo, se puso firme. El tono de aquella voz no dejaba lugar a vacilaciones.

—Y pudiera ser, amigo mío, que ese día no se halle demasiado lejano.

Toda una profecía, aunque de momento fuese justo al revés.

No podía intuir que unos días más tarde el propio Esteban de Junqueras iba a estar rogando auxilio ante él allí mismo, en el Palacio episcopal de Compostela. Suplicando que le prestasen unos soldados para arreglar algo que se le había ido de las manos.

Fonseca lo miró de nuevo. Esteban, sintiéndose atravesado, se revolvió incómodo. Aquellas malditas botas estaban manchando la alfombra del salón noble.

—En cuanto llegue el deán, él mismo os lo podrá explicar, monseñor —tartamudeó—. Esos dos jóvenes, vasallos de mis tierras, pecaron gravemente. Y lo único que nosotros hicimos fue obligarlos a contraer matrimonio de acuerdo con la ley de Dios y... y la de los hombres.

Al ver que el prelado arqueaba las cejas con escepticismo, el señor de Junqueras se ruborizó. El ademán de asombro ante la realidad distorsionada que estaba relatando el caballero fue tan explícito que hizo que se le atragantaran las palabras.

—¿Cuál es esa ley de los hombres a la que os referís, Esteban?

—Es... es mi derecho, monseñor —se defendió el hidalgo, con voz entrecortada.

Fonseca endureció la mirada. El caballero se refería al derecho de pernada. Una ley que permitía a los señores pasar la noche con cualquier muchacha casadera justo antes de que se celebrase su boda. Aun así, no le cuadraba que eso fuera todo. No como para justificar un alzamiento de aquella magnitud.

—¿Y solo por eso se han alzado en rebeldía las gentes del Caramiñal? —preguntó, de nuevo sin molestarse ni un ápice en disimular su escepticismo—. ¿Seguro que no hay más motivos?

Esteban estaba cada vez más consternado. La perspicacia del gran señor lo estaba poniendo contra las cuerdas.

—Ojalá solo fueran mis vasallos, mi señor, pero lo cierto es que se han alzado los de todas las tierras ubicadas a este lado del mar de Arousa.

El arzobispo lo atravesó otra vez con la mirada. Esperó con impaciencia a que su visitante le acabara de explicar qué rayos había sucedido

Junqueras se retorció los dedos. Clavó la vista en el suelo. Aquel maldito barro lo estaba desquiciando.

—Tal vez eso no sea todo, monseñor.

V

En cuanto Mingos se hundió, Baia volvió en sí de golpe.

Los soldados corrieron de regreso al baluarte de Junqueras. No había mucho más de una milla desde allí. Todo había sido previsto. Desaparecerían en plena noche sin dejar ni rastro.

El mar se encargaría de aquellos dos rebeldes.

Se miraron satisfechos. Las órdenes encomendadas por el señor se habían ejecutado a pies juntillas.

La muchacha reaccionó al verlos marchar. Estaba sola, y Mingos acababa de sumergirse allí mismo, en el puerto. Al darse cuenta de que lo que tenía en la mano era la llave de los grilletes que aprisionaban al joven, su corazón se disparó. Aquello abría las cadenas que lo mantenían inmóvil bajo las aguas.

Sin pensárselo dos veces la muchacha saltó el muro de piedra. La iglesia estaba aún sumida en una oscuridad casi absoluta. Baia cayó de pie en el agua fría y negra. Se sorprendió al tocar el fondo con los pies en la caída, pero recordó que allí el mar con marea alta apenas tenía más calado que su propia altura.

La temperatura del mar en aquella noche gélida le cortó la respiración. «Si Mingos logra ponerse en pie, su cabeza quedará fuera del agua», pensó. Con todo, para asomar apenas la nariz sobre la superficie, ella necesitaba mantenerse en equilibrio sobre la punta de un pie.

A pesar de sus expectativas, la chiquilla cayó pronto en una cuenta aterradora. Lograr que el joven se incorporara iba a ser casi imposible. Las cadenas lo mantenían encogido sobre sí mismo, con las manos atadas a los pies. Además, el peso del hierro impedía que pudiera despegarse del fondo de lodazal.

Tras inspirar todo el aire que fue capaz, bajó al fondo llave en mano. No se veía nada, por lo que recorrió el cuerpo de Mingos mediante el tacto tratando de hallar el candado. Los movimientos convulsos de él, que se debatía en el fondo invadido por el pánico, dificultaban aún más la operación. Al cabo de unos segundos frenéticos, Baia encontró una de las cadenas y la siguió hasta dar con la cerradura.

Los espasmos del chico eran cada vez más agónicos. Se había quedado sin aire, y la asfixia lo llevaba a retorcerse con violencia. Baia trató de meter la llave en el agujero que finalmente logró palpar en la oscuridad, pero la última convulsión de Mingos le hizo perder el agarre.

La llave desapareció entre el lodo.

Desesperada, la chiquilla se impulsó con los pies en el fondo y subió a coger aire. Sin saber qué hacer, miró ansiosamente alrededor. El puerto estaba en calma. El amanecer apenas iluminaba el cielo en lontananza, sobre la otra orilla de la ría, y las casas de la Puebla permanecían silenciosas en la oscuridad. Pensó en gritar pidiendo auxilio, pero no había tiempo para que algún vecino se levantase de la cama y llegara a tiempo de salvar a Mingos.

Se sumergió de nuevo.

Él ya se había quedado quieto bajo el agua. Angustiada, trató de elevarlo a la superficie. A pesar del enorme peso de las cadenas logró cargarlo en brazos dentro del agua, pero pronto descubrió que solo lo podía levantar hasta una altura determinada.

La penosa situación la obligó a decantarse entre susto o muerte.

Literalmente.

La disyuntiva era desesperante. O mantenía la cabeza de él fuera del agua o salía ella a coger aire en un equilibrio precario sobre las puntas de los pies.

Era imposible que los dos pudieran respirar al mismo tiempo.

El sol asomó tras los montes lejanos, y los reflejos sobre el agua se tornaron rosados. Baia Cameán, la redera de quince años que acababa de pasar la noche más dura de toda su corta vida, sacó fuerzas de donde no tenía.

Sin embargo, los brazos le flojeaban. Apenas podía con el esfuerzo de mantener la cabeza de su enamorado sobre la superficie mientras ella permanecía sumergida, saliendo a respirar solo cuando sentía que se ahogaba.

Se mantuvo así durante un tiempo que le pareció una eternidad. No podía buscar ayuda. Eso significaría dejar que Mingos se fuese al fondo de nuevo, ya sin fuerzas para alzarlo otra vez.

Empezó a contar sus propias respiraciones.

Cuando llevaba treinta se percató de que no iba a poder aguantar más. Estaba mareada, temblaba sin control y las piernas ya apenas le respondían.

Finalmente, con la moral abatida, se rindió. Tras un último vistazo sobre la superficie, en la que pudo vislumbrar el fulgor del sol naciente sobre el horizonte, se desvaneció.

Finalmente, la tragedia se impuso tras la madrugada lóbrega.

Bajo el fulgor incipiente del cielo púrpura todo se hizo oscuridad.

El peso del muchacho encadenado arrastró consigo a la pequeña Baia al fondo del mar.

Ya no habría amanecer.

VI

Los arrieros descargaron en un santiamén.

Alonso los miró. Se veían ansiosos por largarse de allí. Cuando acabaron, se despidieron con un simple gesto con la cabeza. Entonces salieron camino abajo como si la montaña fuese a derrumbarse sobre ellos.

Estaba claro que se alegraban de perder de vista a aquel monje barbudo.

El vicario sonrió. Jamás había visto un alivio tan evidente en persona alguna.

Luis de Ligunde y él mismo, con la ayuda de cuatro novicios, introdujeron la pesada carga en el edificio.

La llevaron hasta la sala que ya esperaba, vacía, al fondo del corredor. Una estancia que había sido cuidadosamente preparada por el vicario para acoger su valioso contenido.

Alonso no podía disimular el anhelo que lo invadía por abrir los baúles y explorar su interior. Sin embargo, fray Luis se negó rotundamente.

—Ya habrá tiempo, amigo mío. —Su gesto era inflexible mientras lo acompañaba hasta la puerta—. Ahora necesito instalarme y enviar un par de cartas. ¿Seréis tan amable de hacerlas llegar a su destino?

—Claro, claro... —La decepción de Alonso también era evidente.

Sin embargo, se resignó. No podría haberse negado. Ligunde era una especie de héroe para él. Un mito viviente, podría decirse.

«Menudos humos trae nuestro ilustre invitado», se lamentó al salir. Se alejó rumiando su frustración. Bien podría mostrarse algo más agradecido con la única persona que le facilitó una salida cuando más lo necesitaba.

En cuanto se quedó solo, Ligunde abrió los cofres uno por uno. Fue revisando el contenido con el corazón encogido. El viaje había sido duro a lomos de las mulas y temía que alguno de sus tesoros hubiera sufrido algún daño.

Una vez hubo comprobado que todo estaba en orden, se sentó. Entonces comenzó a escribir una misiva. No había tiempo que perder. Aquella carta debía ser entregada con toda premura.

Todas las precauciones eran pocas.

Estimado Joam:

Ya en destino, y sin grandes contratiempos que lamentar. Te ruego que me indiques un lugar donde poder vernos en secreto, ya que aún no conozco estas tierras. Recuerda que no me puedo alejar mucho del Legado pero que tampoco podemos vernos aquí, en la Misarela. Espero tus instrucciones.

Tres días más tarde, la puerta de la estancia seguía cerrada a cal y canto.

La impaciencia del vicario había sobrepasado ya todos los límites, pero su invitado no cedió. Lo primero era lo primero.

Entonces fue cuando Ligunde recibió la respuesta.

—Fray Luis, acaba de llegar la carta que esperabais —anunció Alonso en voz alta desde el corredor, a través de la puerta.

En aquellos tres días el recién llegado no había asomado la nariz. La sala que su anfitrión había estado preparando durante semanas con tanto esmero permaneció cerrada, sin que nadie pudiera entrar. Cuando Ligunde salió, cerrando con cuidado la puerta tras de sí, recogió el sobre de las manos de su anfitrión y leyó la carta con avidez.

Querido Luis:

Encuéntrame al amanecer tras recibir esta carta en el atrio de la iglesia de la Puebla del Deán. No tiene pérdida, solo has de bajar hasta la ribera por el antiguo camino de piedra y allí, en la villa, dirigirte al templo. Es un lugar discreto donde nadie nos verá a esas horas. Descuida, iré solo. Conozco bien el camino desde Compostela. Viajaré de noche.

Ligunde acabó de leer el mensaje con satisfacción, pero al levantar la vista se encontró con la mirada de impaciencia del vicario. Consciente de que su conducta hasta ese momento había suscitado en su anfitrión un cierto malestar, sonrió con gesto conciliador.

Ahora ya podía ceder. Todo estaba por fin en orden.

—Gracias por vuestra paciencia, amigo mío. Sabed que el tesoro está listo. Podéis pasar.

Alonso abrió mucho los ojos, entusiasmado ante el inesperado cambio de actitud de Luis. Dudando, colocó la mano sobre la puerta muy despacio sin quitarle ojo al fraile; como solicitando la reiteración

del permiso que acababa de recibir. Internarse en aquel lugar sagrado eran palabras mayores.

El sueño de toda una vida.

—Adelante —sonrió de nuevo Ligunde.

Alonso de Noia, el hombre que bajo tantas tribulaciones dirigía aquel eremitorio perdido entre montañas, empujó la hoja con el pulso acelerado. Era como si llevara siglos esperando aquel momento.

Con la piel erizada, entró.

Ante sus ojos, cuidadosamente ordenados en las estanterías que él mismo había mandado colocar, se encontraban cada una de las joyas que componían el tesoro. Con los ojos húmedos, paseó la vista sobre los doscientos libros que habían llegado tres días antes desde la lejana ciudad de Toledo.

Por fin en la Misarela, se estremeció. Aún no podía creerlo. Allí estaba el tesoro de valor incalculable que el monje guerrero Luis de Ligunde había logrado rescatar del fuego, amparado por la oscuridad, a lomos de una recua de mulas maragatas.

Aun a riesgo de haber terminado él mismo entre las llamas.

VII

Llegó puntual al amanecer.

Cuando fray Luis entró al atrio de la iglesia de Santiago para reunirse con su viejo amigo, el sol ya asomaba tras los montes lejanos que se alzaban en la otra orilla. Tomó aire profundamente. Joam Pastor era el abad del inmenso monasterio compostelano de Antealtares. Hacerlo viajar hasta allí en plena noche era una temeridad.

Sin embargo, no tenía más remedio. Aquel fin justificaba cualquier medio.

«Ni la vida de un hombre, ni la de ciento».

Un par de meses antes, y ante la revuelta que había puesto a Toledo a punto de estallar, un angustiado Ligunde se había dirigido a Joam en busca de ayuda.

«Los últimos tumultos han sido demasiado peligrosos», le contó. El fuego había llegado a cercar el Legado por los cuatro costados.

—No es fácil lo que me pides, Luis. Veamos, me dices que necesitas reubicar la biblioteca en un lugar seguro, y que lo ideal sería una congregación alejada de la civilización. Además necesitas que nadie se entere...

—La situación es desesperada. —Ligunde estaba fuera de sí. El hombre, con sus hombros encorvados por la carga más pesada, se veía por primera vez al borde de la desesperación—. Toledo es un polvorín.

Pastor arqueó las cejas.

—¿Tanto? —Su escepticismo hizo que fray Luis se mordiera el labio hasta sangrar.

—Te lo juro, Joam. El arzobispo de la ciudad, Alonso Carrillo, le ha declarado la guerra al rey Enrique. Al haberse erigido como principal paladín del aspirante Alfonso, ya no se ocupa de los altercados entre muladíes, mudéjares y sefardíes. Unas trifulcas que cada día se hacen más grandes en su ciudad, pero a las que no hace ni caso. Créeme, cualquier día la ciudad entera va a arder. Y si ese día llega, ya nada podremos hacer por salvar los libros.

«No te extrañe que las llamas, como suele suceder, empiecen a arder precisamente en las páginas de un libro».

Pastor miró por la ventana. Era consciente de que Luis llevaba toda la vida custodiando aquella carga. Una biblioteca secreta ubicada en algún escondite recóndito de la ciudad que solo él conocía. Una labor

a la que se había entregado por completo, como tantos otros antes que él a lo largo de los siglos. Vidas entregadas al único objetivo de mantener los libros a salvo.

El abad, tras muchas vueltas y vueltas, recordó un lugar. «Un sitio insignificante», asintió. Tanto, que podía ajustarse a las necesidades de Ligunde.

—Escúchame, Luis. De entre todos los pequeños conventos, celdas o eremitorios que dependen de Antealtares —el suyo era el mayor monasterio de cuantos existían en la ciudad sagrada del *señor Santiago*— solo se me ocurre uno que pueda servir a tu propósito.

Ligunde levantó la cabeza, expectante.

Al menos había una opción. Un resquicio para la salvación del Legado. Tras casi haber perdido irremisiblemente la esperanza, el monje se sintió renacer.

Pastor entrecruzó las manos con aire pensativo.

—Es un pequeño eremitorio al que llaman de la Misarela. Apenas una celda perdida entre montañas. Creo recordar que bajo la advocación de san Juan. En plena sierra del Barbanza, unos montes abruptos que se yerguen a la orilla del mar de Arousa. Son los confines del reino, allí donde el sol muere cada atardecer. Los doce o trece frailes que allí viven fabrican queso, y venden la lana de las ovejas que pastan libres por entre aquellos barrancos. Antaño prestaban ayuda a los caminantes que recorrían el camino antiguo que cruza la sierra, pero hoy ya casi no transita nadie por aquellas alturas.

—¿Crees que podría servir? —La mirada de Luis se iluminó. La descripción se ajustaba como un guante a lo que estaba buscando—. ¿Se encuentra lo suficientemente aislado del mundo?

—No solo eso —sonrió Pastor—. Si no recuerdo mal, el vicario que lo dirige, Alonso de Noia, a fe mía que ha de ser un buen aliado para tu causa. En los años que lleva al frente del convento su máxima obsesión ha sido la de reunir libros para la congregación. Y créeme, no ha dudado en dilapidar los escasos recursos de que disponen esos frailes mendicantes en perseguir tal empeño. Debe de tener ya unos once o doce, y no deja de solicitar fondos de nuestra biblioteca.

Ligunde se puso serio de repente. Faltaba el detalle más importante.

—¿Podemos confiar en su discreción?

Pastor esbozó un gesto de displicencia.

—Si a cambio le permites disfrutar de tu biblioteca, no dudes que ese hombre será una tumba.

Luis aún no se sentía del todo seguro. El instinto de protección que había desarrollado a lo largo de tantos años de ocultación se re-

belaba en su interior. Los que él precisaba proteger no eran unos simples libros.

El abad pudo leer las emociones que se debatían en su interior a través de sus pupilas huidizas. Al fin y al cabo, se conocían de toda la vida.

—Descuida, Luis. Te aseguro que ese hombre sabrá valorar el Legado. No se trata de ningún fanático al que debas temer, sino más bien todo lo contrario. El vicario es todo un amante de los libros. Respecto a eso, deberías estar tranquilo.

Ligunde reprimió una sonrisa sarcástica.

«“Tranquilo”. No reconozco el sonido de esa palabra, mi buen amigo, pues ni un solo día en toda mi vida he conocido la tranquilidad».

Sin embargo, se dijo a sí mismo, aquel era el peaje que iba a tener que pagar. El tiempo se agotaba en Toledo. Aquel recóndito oratorio que llamaban la Misarela era el clavo ardiendo al que estaba abocado a aferrarse.

O eso, o la probabilidad del desastre.

Y la tragedia ya había rondado su puerta en demasiadas ocasiones. No podía seguir tentando la suerte o se volvería loco de atar.

Ligunde clavó la vista en la pared y se perdió en pensamientos negros.

El abad lo observó con gesto de compasión. La convulsión en Castilla convertía la ciudad en un polvorín. El peligro obligaba a su amigo a lidiar con el trance amargo de huir. De abandonar el reducto, antaño inexpugnable, donde la Orden había protegido durante cientos de años el mayor tesoro que jamás había logrado acuñar el ser humano.

Miró cómo le rechinaban los dientes sin siquiera percatarse. Su amigo Luis, el monje que escondía su tormento tras una inmensa barba negra, se sabía fracasado. Solo iba a poder salvar una parte de la biblioteca. Los otros libros tendrían que permanecer en su escondrijo. A su consternado guardián solo le quedaba cruzar los dedos, y confiar en que resistirían hasta que pudiera volver a por ellos.

Si es que algún día podía.

Pastor le puso una mano sobre el hombro. Cuando Ligunde se volvió, lo miró cara a cara. No cabían más arrugas en aquel rostro angustiado.

Tenía que darle una tregua.

—Yo me encargo de todo. Hablaré con el vicario de Noia y lo pondré en contacto contigo. Tú ve preparando el traslado.

Así se había gestado aquel rescate desesperado. La biblioteca secreta de Toledo, herencia última de la legendaria Escuela de Traductores, se había salvado.

Al menos en parte.

Y ahora, en este amanecer frío, sintiendo la relativa tranquilidad de haber depositado ya los libros en lugar seguro, Luis de Ligunde llegaba al atrio de aquella iglesia ribereña confiando en que Joam Pastor acudiera puntual a la cita.

Tenían mucho de qué hablar. Salvar definitivamente los libros era su única obsesión. Una tarea titánica para la que iba a necesitar todos los recursos de la Orden, antes poderosa y ahora en situación crítica.

Todos los recursos, sí. Y Pastor era uno de ellos.

La mirada distraída del monje paseó sobre la superficie del mar que lamía el atrio. El sol ya asomaba sobre el horizonte. Bajo la luz rojiza del amanecer, el fraile fijó la vista en las aguas oscuras. Sobresaltado, por un instante creyó apreciar que algo raro flotaba cerca de la orilla.

Unas olas sospechosas agitaban la quietud del puerto.

Ligunde trató de fijarse más para intentar averiguar de qué podía tratarse. Una nutria, pensó al principio. Pero no. Sintió que se le paraba el corazón cuando distinguió que aquel objeto extraño era un hombre que, por si fuera poco, parecía estar inconsciente y encadenado.

Todo fue cosa de un momento, porque casi de inmediato aquella visión casi onírica desapareció bajo las aguas.

Con el pulso disparado, se puso en marcha.

Sin pensárselo dos veces, saltó sobre el muro y se sumergió. De inmediato volvió a la superficie, al constatar que hacía pie. De hecho, el agua solo le llegaba a la altura de los hombros. Estremecido por el frío, caminó sobre el lodo hacia el lugar donde se había hundido el encadenado. Allí trató de tantearlo con los pies.

Durante unos segundos eternos no logró encontrar nada. De todos modos, siguió buscando por el fondo mientras la desesperación se iba apoderando de su ánimo.

Por fin, dio con algo. En efecto, se trataba de un cuerpo humano. Se fue al fondo y logró agarrar un brazo. Tiró con fuerza para sacar al hombre a la superficie. Atónito, comprobó que lo que había emergido de las aguas no era un joven con grilletes, sino una muchachita desvanecida que presentaba un labio roto. Desconcertado, caminó con ella en los brazos hasta el recinto del atrio. Quiso dejarla allí a salvo, pero el muro estaba demasiado alto.

No daba crédito. Precisamente cuando más necesitaba pasar desapercibido, se encontraba con semejante entuerto.

Comenzó a desesperar. La joven parecía necesitar ayuda urgente, y, sobre todo, no podía olvidar que bajo la superficie aún había otra

persona. Tras unos instantes de desconcierto en los que barajó como un rayo todas las opciones, escuchó una voz familiar que venía de las alturas.

—¿Luis? ¿Eres tú? —Momentáneamente aliviado, el fraile reconoció la voz de Joam Pastor sobre su cabeza.

Ligunde le entregó a su amigo la chica desvanecida, que fue izada por el abad y posada sobre las losetas del atrio. Mientras Joam trataba de reanimarla, Luis volvió a sondear el fondo en busca del hombre que había visto desaparecer bajo las aguas.

Por fin lo encontró. Alzarlo le costó más en esta ocasión, pero dentro del agua lo hizo con facilidad. Más complicado fue extraerlo a tierra firme. Las cadenas que lo ataban pesaban como demonios.

Finalmente, aunando esfuerzos, los dos monjes lograron posarlo en el suelo junto a la chica. Ella seguía inconsciente, pero al menos respiraba.

De él no podían asegurar lo mismo.

El recién llegado, estupefacto, se quedó mirando a Luis. Sus ojos exigían una explicación. Lo último que esperaba encontrarse era aquella situación.

—No tengo ni idea, Joam. Te lo juro. Llegué aquí al amanecer, tal y como acordamos, y vi que este chico flotaba un segundo ahí fuera para después hundirse. Me tiré a por él, claro... ¿Qué querías que hiciera?

—Pero ¿quiénes son estos dos? —susurró Pastor, mirando en derredor.

Aquello suponía un contratiempo demasiado peligroso. Era vital para ambos que nadie se enterase de que estaban allí.

—Te repito que no tengo ni idea —replicó Luis. La mirada de escepticismo de Pastor acabó por irritarlo—. ¡Pero si yo llevo solo cuatro días aquí, y me he pasado todo el tiempo poniendo orden en la Misarela! ¡Te lo juro, no he podido salir de allí ni un segundo!

Decidieron centrar sus esfuerzos en reanimar a los jóvenes que reposaban inconscientes sobre el suelo enlosado. Cuanto antes lo lograsen, antes podrían desaparecer. Se miraron consternados.

La chica del labio roto estaba fría, azulada, y su pulso se sentía muy débil, pero al menos respiraba.

El joven encadenado, sin embargo, estaba muerto.

—No hay nada que hacer con este. —Joam estaba cada vez más preocupado. Aquella reunión clandestina se había convertido de repente en un asunto espinoso. Un escándalo que amenazaba su discreción a plena luz del día. No convenía que nadie los viese allí, pero todo apuntaba a que tal cosa iba a ser imposible—. ¿Qué hacemos,

Luis? La claridad cada vez es mayor, y en cualquier momento puede aparecer alguien por una esquina. Ni te cuento las explicaciones que vamos a tener que dar. Eso, si no nos detienen como sospechosos...

Si los descubrían allí, a cargo de un cadáver y de una joven moribunda, la supuesta reunión secreta se iba ir al garete. Las minuciosas precauciones adoptadas por fray Luis de Ligunde se vendrían abajo como un castillo de naipes.

Y entonces el Legado estaría en serio peligro.

—Tenemos que huir —resolvió el monje de la gran barba tras unos momentos de reflexión—. Él está muerto, y a ella puedes llevártela tú a tu monasterio y tratar de salvarla.

El abad lo miró estupefacto.

—¿Llevármela? —exclamó en voz baja—. ¿Te has vuelto loco? Compostela está a una jornada completa de distancia, y aunque fuese capaz de transportarla, no puedo presentarme allí con una mujer en brazos. ¡Ni aunque mi congregación no fuese masculina podría hacerlo!

Los dos menearon la cabeza, frustrados. Miraron consternados a la chica, que respiraba con dificultad. De repente, escucharon que alguien se acercaba. Ya había despuntado el día, y si no tomaban una decisión, de un momento a otro los iba a descubrir cualquiera que pasase por allí.

Ligunde apretó los puños. El recuerdo de un juramento antiguo, pronunciado antes incluso de haberse comprometido a salvaguardar la biblioteca secreta, apareció en su cabeza. Algo que estaba obligado a cumplir mientras le quedara una gota de sangre corriendo por las venas.

«Consagrar mi vida a proteger la de mis semejantes. La de los débiles, la de los oprimidos. La de los desvalidos».

El juramento eterno de los hospitalarios de Rodas.

«Juro».

Su propia voz al pronunciar la solemne promesa resonó como una campana de bronce en el interior su mente.

—¡Corre! —le susurró a Pastor, cuando ya parecía inevitable que los fueran a sorprender—. Nos veremos lo antes posible. Vuelve a Antealtares, yo iré a visitarte en cuanto pueda. Alonso guardará la biblioteca.

Y sin decir nada más, se echó a la joven sobre un hombro y abandonó el atrio. Al poco, ya corría cuesta arriba por el viejo camino empedrado de la Misarela. Joam logró retirarse discretamente por un callejón secundario justo antes de que tres mujeres, cada una con un cántaro sobre la cabeza, entraran en el recinto y comenzaran a chillar.

Gritaban desesperadas. Habían hallado a Mingo allí tirado.
El fornido muchacho de los Cons, que había sido detenido el día anterior.
Encadenado y empapado.
Muerto.